

Retirado de bibleunderstanding.com

El Expositor de Berea Vol.22

Con el título original: Helpers Of Your Joy

Traducción – Juan Luis Molina

1. El lugar que ocupa el gozo

Es sorprendente, en cierto sentido, darnos cuenta del énfasis que el apóstol redonda en el "gozo". Cuando nos ponemos a pensar en las experiencias de vida por las que pasó, en la naturaleza de la revelación que se dio a conocer a, y a través de él - en la mayordomía del Misterio - en sus ataduras y encarcelamientos, en la soledad y el abuso que parecían ser su alimento diario, no nos sorprendería, hablando a la manera de los hombres, que la palabra "gozo" nunca apareciese haciendo parte en su vocabulario.

Pero, gracias a Dios, ya no hablamos a la manera de los hombres, pues hemos visto lo suficiente de la gracia de Dios como para escucharle cantos en la noche y salmos desde la celda más recóndita de la prisión. Una y otra vez en la epístola a los Filipenses, Pablo invita a sus lectores a "regocijarse", a pesar de que algunos hermanos (no meramente enemigos paganos) se esforzaban por añadir aflicción a sus prisiones.

El ministerio para el cual *El Expositor de Berea* vino a existir por primera vez, y que justifica su continuación, es un ministerio lleno de obstáculos, y que hace tales exigencias, tanto al lector como al escritor, que es absolutamente necesario en el arduo estudio, y, en algunos casos, en medio del aislamiento que conlleva la verdad, recordar que la fe no es fría, sino cálida y viva, y que hay un gran "gozo de la fe" (Filipenses 1:25), así como en *el tema* de la fe, la *contienda* de la fe y la *firmeza* en la fe. La fe no sólo

conduce a la justificación, a la aceptación y a la vida, bendiciones ciertamente incalculables, sino también al "gozo y paz en el creer" (Rom. 15:13) cosas con las cuales debemos estar rellenos "con el espíritu".

Algunos de los frutos del Espíritu se enumeran en Gálatas 5:22, 23 , y nos presentan un verdadero racimo de uvas de Escol; son nueve en total, incluyendo la mansedumbre, la templanza y la fe. El primero en orden de mención es el "amor", sin el cual todo conocimiento, fe e incluso martirio se reducen a la nada; y en segundo lugar en orden de mención está el "gozo". ¿Podemos concebir la mansedumbre sin gozo y aun así asociarla con el Espíritu? La templanza sin gozo puede ser una causa de daño y tropiezo. Una fe sin gozo que produce un credo sin gozo ni se recomienda en el evangelio ni tampoco glorifica al Señor. El gozo difiere de la felicidad. En el sentido cotidiano de la palabra, gran parte de la llamada "felicidad" depende en gran medida de lo que "sucede", mientras que el gozo es algo más profundo, siendo independiente de las circunstancias. El apóstol puede en un momento estar exultante y en otro deprimido; puede estar satisfecho o hambriento, estar en relativa comodidad o en solitario abandono. Puede que incluso esté encadenado y en prisión, pero su gozo permanece siempre inalterable.

En sentido estricto, no debería ser necesario tratar específicamente con dicho tema en una revista como *El Expositor de Berea*. Todos deberíamos estar tan interesados en aprender cuanto sea posible concerniente al Señor y a Su Palabra, que la indagación de alguna partícula gramatical complicada debería ser una empresa gozosa, la labor de descubrir, de verificar y usar una estructura debería ser una obra tan gozosa como el canto de una hermosa melodía. De hecho, una mirada entre bastidores nos revela a veces que cuando, después de horas de estudio minucioso, llegamos a resolver algún punto complicado, o se hubo aclarado una estructura difícil, la manera en que el escritor celebra el acontecimiento está muy alejada de la conducta que solemos asociar con tales estudios. Llegamos a saltar de regocijo como los niños. Tal exuberancia no sólo hace eco del famoso grito de *Eureka* de Arquímedes, sino que, y lo que es más importante, es el eco de un regocijo como el de Jeremías, que exclamó: "Fueron halladas Tus palabras, y yo las comí; y Tu palabra fue para mí el gozo y el regocijo de mi corazón" (Jeremías 15:16), o del Salmista, que dijo: "Me regocijo en tu palabra, como quien halla muchos despojos (un gran botín o tesoro)" (Salmo 119:162).

Sin embargo, ninguno de nosotros alcanza ni siquiera acercarse al ideal, y tenemos que ser comprensivos. Por tanto, deliberadamente, dedicamos unas pocas páginas cada mes para poder ministrar el "gozo", así como a la "sana solidez" de la fe. "Regocijaos" es una exhortación a la cual tenemos que dar oído, por gracia, como a cualquier otra que se encuentre en las Escrituras. Entremos, pues, en el gozo de la fe, en bendita anticipación de aquella futura entrada en el gozo del Señor.

2. “Nunca te dejaré”.

El tema del gozo cristiano puede ser abordado desde varios ángulos, y está asociado con una cierta variedad de aspectos, pero el único tema que requiere una exhibición inmediata ha de ser la estrecha asociación que las Escrituras indican entre el gozo y la presencia del Señor. Bien podremos establecer esta verdad apelando a la epístola a los Filipenses, donde una de las palabras clave es "regocijaos", y donde en el capítulo 4 se nos revela el secreto de que "El Señor está cerca". Podremos, además, apelar al Salmista, que dijo: "En Tu presencia hay plenitud de gozo" (Salmo 16:11), y darnos cuenta de que todo ese regocijo de la presencia del Señor en esta vida es una anticipación de aquel futuro día de resurrección, cuando estaremos plenamente satisfechos (Salmo 17:15).

Pero en la primera epístola de Juan leemos: "Os escribo estas cosas para que vuestro gozo sea cumplido" (1ª Juan 1:4). Al examinarlo, descubrimos que Juan está escribiendo acerca de la comunión con el Padre y con el Hijo, de caminar en la luz como Él está en la luz. En otras palabras, también asocia el gozo con la presencia del Señor.

Volviendo al versículo de Salmo 16, precediendo a lo que citamos anteriormente, leemos: "Porque no dejarás mi alma en el Seol (sepulcro)" (Salmo 16:10), y esta referencia nos proporciona el primero de muchos aspectos del regocijo experimental de la presencia de Dios, que es nuestro tema.

"*Nunca te dejaré*". Estas palabras del Señor pronunciadas en el mismísimo valle de sombra de muerte están calculadas para ministrar al gozo de todos los que confían en Él. Observamos que:

(1) La promesa: "Nunca te dejaré" surge de la salvación en sí:

- "No escondas Tu rostro de mí. No apartes con ira a Tu siervo: mi ayuda has sido. No me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación" (Salmo 27:9).

Siendo el Dios de nuestra salvación, podemos invocarlo confiadamente para que "no nos deje", y cuando contemplamos todo lo que pagó y le costó la salvación, bien podemos confiadamente reposar en el hecho de que, Él, no dejará perecer a los que han sido comprados con tan altísimo precio.

(2) "No te dejaré" también está implícito en el hecho de que pertenecemos de tal manera al Dios de nuestra salvación, que somos llamados por Su nombre:

- "Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa Tú por amor de Tu NOMBRE, porque nuestras rebeliones se han multiplicado; contra Ti hemos pecado. Oh esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción, ¿por qué te has hecho como forastero en la tierra, y como caminante que se retira para pasar la noche? ¿Por qué eres como hombre atónito, y como valiente que no puede librar? Sin embargo, Tú estás entre nosotros, oh Jehová, y sobre nosotros es invocado Tu NOMBRE: no nos desampares" (Jeremías 14:7-9).

El contexto de este pasaje es de terrible retribución. Tan solo cuando Daniel, (en su oración del capítulo noveno) aboga por la ciudad "que es invocada por Tu nombre . . . y sobre Tu pueblo (que) es invocado por Tu nombre" (Daniel 9:18, 19) tan sólo entonces viene una respuesta de paz. Sin embargo, a pesar de la larga espera de 70 años, la oración fue oída. Somos llamados por *Su* nombre; Él nos ha llamado por nuestro nombre, y nosotros podemos confiadamente clamar la misma súplica: "Somos llamados por Tu nombre; no nos desampares".

(3) "Nunca te dejaré" está implicado en las promesas de Dios:

- "Y he aquí, Yo estoy contigo, y Te guardaré por donde quiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que Te he dicho" (Génesis 28:15).

Aquí tenemos un firme fundamento de gran confianza. "Yo estoy contigo"; "Yo te guardaré"; "Te *volveré a traer*" Todo esto conlleva las palabras: "Porque no te dejaré hasta que...".

(4) "Nunca te dejaré" es nuestra fortaleza en la batalla y nuestro grito de victoria:

- "Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará ni te desampará" (Deuteronomio 31:6).

Por tanto, como una contribución a la plenitud de gozo que podemos disfrutar en razón de la presencia del Señor, recomendamos encarecidamente al lector las palabras del Señor: "Nunca te dejaré".

3. Nunca te desamparé.

Cada vez que oímos las palabras: "No te dejaré", inmediatamente agregamos, aunque sólo sea mentalmente, las palabras: "Ni te desamparé". En cierto sentido, "dejar" y "desamparar" tienen un significado casi sinónimo, y, de hecho, la misma palabra original a veces se traduce como "dejar" y otras como "desamparar". Hay, sin embargo, uno o dos pasajes que daremos a seguir y no debemos omitir de nuestro estudio, y confiamos en que su examinación servirá de provecho para el gozo de la fe a cualquiera que pueda saber por experiencia propia algo de lo que significa ser desamparado.

Al tiempo de la dedicación del templo de Salomón, el rey bendijo al Señor diciendo:

- "Bendito sea Jehová, que ha dado paz a Su pueblo Israel, conforme a todo lo que Él había dicho: ni una palabra de todas Sus promesas que expresó por Moisés Su siervo ha faltado. Esté con nosotros Jehová nuestro Dios, como lo estuvo con nuestros padres, y no nos desampare ni nos deje" (1ª Reyes 8:56, 57).

La forma en que Salomón vincula el cumplimiento de la promesa con la súplica: "No nos dejes, ni nos desampares", dirige nuestros pensamientos al comienzo de la historia de Israel en el territorio al mando de Josué:

- "Como estuve con Moisés, así estaré contigo: no te dejaré ni te desampararé. . . Y he aquí, que yo estoy para entrar hoy por el camino de toda la tierra; reconoced, pues, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, que no ha faltado una palabra de todas las buenas palabras que Jehová vuestro Dios había dicho de vosotros; todas os han acontecido, no ha faltado ninguna de ellas" (Josué 1:5 y 23:14).

Fijémonos bien en una o dos características que ministran el consuelo del creyente.

- (1) El hecho de que el Señor no abandonara a su pueblo es una garantía de su preservación: "Porque Jehová ama la rectitud, y no desampara a Sus santos; para siempre serán guardados" (Salmo 37:28). Ciertamente ha de servir de ayuda a nuestro gozo darnos cuenta de que, a pesar de toda la oposición del enemigo y de la traición de nuestras propias faltas, los santos no están nunca desamparados, y su preservación está asegurada.
- (2) El hecho de que el Señor no abandonará a Su pueblo es parte de Su gran propósito de gracia: "pues Jehová no desampará a Su pueblo por Su gran nombre, porque Jehová ha querido hacerlos pueblo Suyo" (1ª Samuel 12:22).
- (3) El hecho de que el Señor no desampare a Su pueblo se debe a que Él es misericordioso y lleno de gracia:

- "...en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero Tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste. Además, cuando hicieron para sí el becerro de fundición y dijeron: Este es tu Dios que te hizo subir de Egipto, y cometieron grandes abominaciones. Tú, con todo, por Tus muchas misericordias, no los abandonaste en el desierto. La columna de nube no se apartó de ellos de día, para guardarlos por el camino, ni de noche la columna de fuego, para alumbrarles... Los soportaste por muchos años, y les testificaste con Tu Espíritu por medio de Tus profetas, pero no escucharon... Mas por Tus muchas misericordias no

los consumiste, ni los desamparaste, porque eres Dios clemente y misericordioso” (Nehemías 9:17-19, 30, 31).

- (4) El hecho de que el Señor no desamparase a Su pueblo los libraba de la esclavitud del temor: "Contentos con lo que tenéis ahora, porque Él dijo: Nunca te desampararé, ni te dejaré". De manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi Ayudador no temeré lo que me pueda hacer el hombre" (Hebr. 13:5 y 6).

Muchos hijos de Dios se ven obligados a caminar por senderos solitarios. La fidelidad a menudo los separa de la comunión. Los lazos naturales también se quiebran, y los amigos resultan ser falsos o vanos. Es a estos fieles a quienes riega la bendita certeza, con toda su dulzura, de que el Señor no los desampará:

- "Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá" (Salmo 27:10).
- "¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, Yo nunca me olvidaré de ti" (Isaías 49:15).
- "En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon: (ruego a Dios) no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado" (2ª Timoteo 4: 16, 17).

El Apóstol sabía por experiencia propia un poco del significado en cuanto a la comunión de los sufrimientos de Su Señor. Pablo, como el Salvador, llegó a ser abandonado por los suyos, pero el paralelo e igualdad acaba por ahí. Pablo pudo añadir: "A pesar de todo, el Señor estuvo conmigo a mi lado", sin embargo, su Salvador y el nuestro, llegó al punto de exclamar: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46).

Nunca debemos olvidar en medio de todo el gozo que ha descendido sobre nosotros por Su presencia misericordiosa en gracia que, parte del precio de tal bendición, incluía el abandono del Santo en nuestro respaldo, nada le fue escatimado.

4. “Yo estaré contigo”.

El Señor ha prometido que no dejará ni desamparará a los que son Suyos, y en esta doble promesa de Su presencia nos regocijamos en gran manera. Sin embargo, las palabras "no te dejaré" y "no te desampararé" son negativas, por lo que pasamos ahora a dar una declaración positiva:

- "Él me invocará, y yo le responderé: *Con él estaré Yo* en la angustia" (Salmo 91:15).

No hay ninguna promesa en las Escrituras garantizando que el creyente esté exento de tribulaciones, todo lo contrario. Sin embargo, lo que se promete es que nunca tendrá que pasar y soportar solo a través de sus aflicciones. El Señor ha dicho: "Estaré con él en la angustia". El santo bien puede pasar por el fuego y el agua, pero el Señor estará con él y le santificará en su más profunda aflicción:

- "Cuando pases por las aguas, Yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán" (Isaías 43:2).

José atravesó por un largo período de pruebas y penalidades, pero en medio de todo ello las Escrituras nos revelan la fuente oculta de su gozo. En primer lugar, fue vendido por sus hermanos a Egipto; al saberlo él, una férrea angustia inundó su corazón y su alma:

- "Afligieron sus pies con grillos: En cárcel fue puesta su persona (alma)" (Salmo 105:18).

O, tal vez, como al margen de la A.V. se dice: "Su alma fue puesta a hierro". Seguramente debió haber sido una experiencia de gran amargura para el amado hijo de Israel ser vendido como esclavo, y vendido además por sus propios hermanos; Sin embargo, una bendición, al menos, era suya en posesión: el Señor estaba con él:

- "Potifar . . . lo compró. . . pero Jehová estaba con José, y fue varón próspero" (Génesis 39:1, 2).

O, tal como la pintoresca versión de Wycliffe lo refiere: "Fue un tipo muy afortunado".

No obstante, José llegó a padecer una humillación aún más profunda. Fue condenado falsamente e injustamente encarcelado, una posición que no

produce ni alegría ni paz, sino que a menudo lo que produce es resentimiento y rebelión:

- "Y tomó su amo a José y lo puso en la cárcel . . . pero Jehová estaba con José . . . y lo que él (José) hacía (en la cárcel), Jehová lo prosperaba" (Génesis 39:20-23).

Somos demasiado propensos a medir nuestra prosperidad por nuestras posesiones o nuestra posición y circunstancia en la sociedad, pero estas palabras nos revelan que la verdadera prosperidad es independiente de las circunstancias: el encarcelamiento puede ir de la mano con la divina prosperidad, siendo el factor decisivo la presencia o ausencia del Señor. Los tres amigos de Daniel que fueron arrojados al horno de fuego por orden de Nabucodonosor, se hallaron ciertamente en una posición extremadamente peligrosa, sin embargo, de ellos se pudo escribir que sobre sus cuerpos el fuego no tenía poder; ni sus ropas, ni un solo cabello de sus cabezas salieron del horno con olor a quemado, ninguno estaba siquiera chamuscado:

- "¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?"

Preguntó Nabucodonosor, y a seguir continuó diciendo:

- "He aquí, veo a cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante al Hijo de Dios" (Daniel 3:24 y 25 A.V.).

Caleb, que seguía entera y fielmente al Señor, conocía el poder de esta bendita comunión. En la división de la tierra bajo el mando de Josué, Caleb se adelantó y le recordó a Josué lo que el Señor había dicho acerca de él y de Josué cuarenta y cinco años antes:

- "Dame, pues, ahora este monte, del cual habló Jehová aquel día, porque tú en aquel día oíste que los anaceos están allí, y que hay ciudades grandes y fortificadas. Quizá Jehová estará conmigo, y los echaré, como Jehová ha dicho . . . Por tanto, Hebrón vino a ser heredad de Caleb" (Josué 14:12-14).

La única cosa a la cual se apegaba Caleb era: "Quizá Jehová estará conmigo", significando con eso que, Si Él estuviese, como nos dijo que

estaría, el éxito estaba totalmente garantizado. El nombre del lugar heredado por Caleb era Quiriat-arba y fue nombrado en honor a Arba, un gigante entre los anaceos. El nombre del sitio fue cambiado a Hebrón, una palabra que significa comunión, y así, por tanto, consagró perpetuamente el pensamiento de la presencia misericordiosa que Caleb tanto deseaba.

En Su presencia hay plenitud de gozo, y esa presencia incluye las promesas: "No te dejaré", "No te desampararé" y "Estaré contigo". De este modo, disfrutando de manera consciente de la presencia del Señor, suministraremos descanso con confianza a nuestro gozo.

5. “El gozo de Tu salvación”

A pesar de la presión de las circunstancias, el efecto deprimente de la mala salud, la corrosión de la preocupación, y las ansiedades que hacen parte de esta vida, el hecho de que Dios amó tanto al mundo como para dar a Su Hijo unigénito, debería iluminar cada una de nuestras experiencias con gozo.

Los sabios hombres de oriente que vinieron al territorio cuando vieron Su estrella ejemplifican esto mismo. Habían viajado desde tierras muy lejanas en busca de Aquel que había nacido Rey de los judíos, y "cuando vieron la estrella, se regocijaron con muy grande gozo" (Mateo 2:10). Observe cómo el relato inspirado recalca el gozo que sintieron. No basta con decir que "se alegraron" o que "se regocijaron". No solo se regocijaron, sino que se regocijaron *con gozo*, y más que eso, con un gozo *inmenso*, sí, un gozo *muy grande*.

Y todo esto porque la estrella que habían seguido finalmente se detuvo sobre Belén. ¡Cuál debe ser, pues, nuestro estado de ánimo y de corazón, conociendo nosotros, no sólo la gracia de Belén, sino la gloria del Calvario, el triunfo de la resurrección y Su ascensión muy por encima de todo!

Antes de que los magos encontraran motivo de regocijo, la promesa del precursor de Cristo se asociaba con el gozo. A Zacarías, el padre de Juan el Bautista, el ángel le dijo: "Y tendrás gozo y alegría; y muchos se regocijarán de su nacimiento" (Lucas 1:14).

Cuando Cristo nació, no sólo los hombres se regocijaron, sino que también los ángeles se sintieron movidos a decir: "He aquí os doy nuevas de gran gozo" (Lucas 2:10).

El Evangelio no es sólo las buenas nuevas de gran gozo que anunciaron el nacimiento del Salvador, sino un poder eterno para la salvación, y esto también debe ser causa de nuestro regocijo. El Señor nos asegura que "hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (Lucas 15:10). A pesar de la oscuridad del día de hoy, aun así, todavía hay pecadores que se están arrepintiendo, y todavía se experimenta el mismo regocijo en el cielo. ¿Cómo no vamos también nosotros a ser partícipes de dicha alegría? ¿cómo iríamos a dejar de ver un motivo de regocijo en cada victorioso trofeo de gracia?

Cuando venimos a saber que Dios ha abierto una puerta nueva de fe en cualquier lugar, debería, si andamos en el espíritu, llenarnos de regocijo: "Pasaron por Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles, y causaban gran gozo a todos los hermanos" (Hechos 15:3). Aquí Pablo y Bernabé estaban yendo de camino a Jerusalén para contender por la fe. Podrían haber causado mucho daño si hubieran discutido este asunto con las iglesias de Fenicia y Samaria. Eligieron el mejor camino y dejaron tras de sí un gran regocijo.

Seamos generosos en este asunto del regocijo, y fluirá de nosotros como un río de aguas vivas.

6. “El Gozo puesto delante”

Escribiendo a los creyentes de la iglesia de los Tesalonicenses, el Apóstol dice que da gracias y ora incesantemente delante del Dios y Padre nuestro por la obra de fe de ellos, el trabajo de su amor y su constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo; y luego les dice que ellos eran los elegidos de Dios: "Porque conocemos, hermanos amados de Dios, vuestra elección" (1ª Tesalonicenses 1:4).

Aunque el apóstol había recibido una abundancia de revelaciones, y había recibido la mayordomía de los misterios de Dios, y había sido arrebatado al paraíso para oír allí palabras inefables, no obstante, en ninguna parte encontramos sugerencia alguna de que Pablo, o cualquier otro hombre,

podría alguna vez haber visto y leído el Libro de la Vida, o que algún hombre recibiera de Dios información privada concerniente a Sus propósitos electivos. Sin embargo, Pablo sabía que los santos Tesalonicenses eran elegidos por Dios; ¿Cómo lo sabía? Lo sabía *por sus frutos*.

Es posible que en alguna ocasión hayamos estado caminando por un huerto. Es probable que hayamos admirado y degustado algunas de sus deliciosas frutas. A lo largo de toda nuestra exploración por dicho jardín lo más seguro es que no hayamos visto ni una sola raíz, sin embargo, bien "sabíamos" que las invisibles raíces estaban allí y operaban correctamente, ¿Cómo? en razón de la fruta visible. Y así Pablo vio los frutos de la fe:

- "Pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabra solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo, y en plena certidumbre; como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo" (1ª Tesalonicenses 1:5 y 6).

El lugar que ocupa el gozo aquí tan sólo podemos verlo en su verdadera perspectiva cuando descubrimos su yuxtaposición con la "gran tribulación". Este es un gozo espiritual, un fruto del Espíritu, y, por tanto, de ninguna manera depende de circunstancias externas. Cuando recibieron el evangelio en todo su poder salvador, aunque acompañado de muchas tribulaciones del exterior, también les trajo consigo un gran gozo interior, un gozo que ningún hombre o circunstancia nos puede jamás quitar.

De la misma manera, los santos hebreos "sufrieron con gozo el despojo de sus bienes" (Heb. 10:34). A menos que haya algún elemento de compensación, ninguna persona toma con gozo el despojo de sus bienes, y, no podemos pensar, que, estos creyentes hebreos, fuesen anormales; no es que les gustase ver sus propiedades y bienes arruinados, tal como a nosotros tampoco nos gustaría, sin embargo, su alegría se fundaba en algo mucho más sublime, y era una anticipación de la gloria futura:

- "...sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos" (Hebr.10:34).

Este es el mismo espíritu del Señor:

- "El Cual, por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (Hebr.12:2).

Así pues, todo gozo presente no deja de ser sino una anticipación de aquellos agradables placeres y tesoros que están para siempre a la diestra de Dios. Si vivimos procurando y poniendo nuestros ojos en esa bendita esperanza, ministrará nuestro gozo, aunque los bienes se echen a perder y se sufran las aflicciones.

7. Una gran causa de regocijo.

Si alguien nos preguntase cuál es nuestro mayor gozo, ¿qué responderíamos? Nuestras respuestas individuales, probablemente, revelarían grados de aprensión espiritual. Un santo de la antigüedad nos ha dejado constancia de lo que constituía su mayor regocijo, y ha de servirnos de provecho que lo consideremos:

- "Mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad (de la verdad que hay en ti), de cómo andas en la verdad. No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad" (3ª Juan 3, 4).

He aquí un motivo de regocijo, muy alejado de los sentimientos o motivos personales, que haríamos bien en reconocer. En su primera epístola, como se recordará, este mismo apóstol expuso muchas cosas acerca de los que solo *hablan*, y los distinguió muy bien de los que *andan* (1ª Juan 1:6-10). Además, escribió:

- "El que dice: Yo le conozco, y no guarda Sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él" (1ª Juan 2:4).
- "El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo" (1ª Juan 2:6).

Y resume su enseñanza en las palabras de 1ª Juan 3:18:

- "Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua; sino de hecho y en verdad".

Habla mordazmente de cuantos se jactan de palabra en la luz, pero internamente desprecian con odio a los hermanos (1 Juan 2:9). Les dice a sus lectores que el hacer justicia es la mejor evidencia de que han nacido de Dios (1ª Juan 2:29). Declara que toda falsa jactancia confesando que aman a Dios es vana, pues les falta la caridad (1ª Juan 3:17; 4:20). Les había escrito hablándoles de los muchos anticristos y la predominancia de la mentira. En su segunda epístola dijo: "Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos *andando* en la verdad" (2ª Juan 4), y, como hemos visto, en su tercera epístola dice que no tiene mayor gozo que oír que sus hijos andan en la verdad.

Algunos de nosotros somos propensos a mirar a nuestro alrededor con los ojos de Elías y decir: "Solo yo he quedado, y buscan mi vida". El Apóstol nos dice que consideremos a los demás como mejores que nosotros mismos, y que, si hay alguna virtud, y si hay alguna alabanza, que consideremos o reconozcamos esto.

Si no nos regocijamos cada vez que oímos que los hijos del Señor ponen en práctica la doctrina que han aprendido, habremos pasado por alto una verdadera causa de gozo y habremos permitido que una parte de nuestra vida espiritual permanezca sin florecer. El verdadero gozo está exento de egoísmo, y encuentra su razón de ser en la bendición de los demás.

8. “Tened por sumo gozo”

Ya hemos visto que Juan no tenía mayor gozo sino el oír que sus hijos andaban en la verdad. ¿Qué contestaríamos si nos preguntasen qué cosa nos produce a nosotros "sumo gozo"? Santiago, escribiendo a la dispersión, dijo:

- "Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas" (Santiago 1:2).

Este ciertamente no es un punto de vista natural. La mayoría de nosotros tendría por sumo gozo si nos hubiésemos librado de las diversas pruebas o tentaciones. Santiago, no en tanto, deja muy claro que no es un misántropo, esto es, no era hombre para estar feliz sintiéndose miserable, y pasa a explicar:

- "Sabido esto, que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra perfecta, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna...Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman" (Santiago 1:3, 4, 12).

Santiago puede considerar la prueba sumo gozo y sentirse bienaventurado, no por las tentaciones o pruebas en sí mismas, sino por el resultado que dichas pruebas le producen.

En su significado en el uso moderno, las palabras "tentación" y "tentados" son algo limitadas, pero el verdadero significado, que es servir de prueba, todavía lo encontramos en la palabra "intento", en la que nadie se imagina o comprende ninguna idea de tentación. La tentación o prueba, de este modo, puede por tanto ser contemplada con gozo en razón de sus efectos. Opera la paciencia, conduce a la plena madurez, y finalmente nos lleva a la obtención de una corona. Muy en línea con este mismo espíritu están las palabras de Pablo en Romanos 5:3, 4: "Nos gloriamos en las tribulaciones", dijo él, pero no por las tribulaciones en sí, sino porque sabía que "la tribulación produce paciencia, y la paciencia prueba, y la prueba esperanza". También Pedro transmite el mismo pensamiento cuando dice:

- "Para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo" (1ª Pedro 1:7).

Por tanto, el gozo bien puede surgir en medio de las circunstancias más desdichadas. Ponemos nuestros ojos más allá de la experiencia presente e inmediata, y aguardamos, para ver con gozosa expectativa cuál será su resultado. Y sabiendo que la tentación o prueba produce paciencia, entonces podemos regocijarnos en la esperanza de la gloria de Dios. Es bueno cultivar un buen ojo para este regocijo, porque si no, puede permanecer oculto e invisible en muchas circunstancias oscuras.

9. “Un gozo inexplicable”

Zacarías se quedó mudo sin poder hablar a causa de su incredulidad. Cristo fue como un cordero mudo delante de sus trasquiladores. Pero, además, algunos se quedan mudos por un exceso de regocijo. Mientras más próxima esté cualquier experiencia del corazón de las cosas, menos inclinados nos sentimos a discutirla o a hablar de ella, es un regocijo que guardamos para nosotros. Hay una paz que sobrepasa todo entendimiento, y hay un gozo que es inefable, esto es, inexplicable o indecible:

- "A Quien amáis sin haberle visto; en Quien, creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1ª Pedro 1:8).

Hay una estrecha conexión entre lo invisible —"sin haberle visto"— y lo indecible o inefable en este versículo. A veces nos sentimos tentados a respaldar el deseo expresado en el himno de los niños, donde dice:

"Desearía que Sus manos se posasen sobre mi cabeza,
Que Sus brazos se desplegaran abrazándome;
Y que pudiera haber visto Su dulce mirada bondadosa cuando dijo:
'Dejad que los niños vengan a Mí'".

Sin embargo, el Salvador mismo pronunció una bendición sobre los que creyesen en Él, aunque nunca lo hubieran visto:

- "Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron" (Juan 20:29).

Y el apóstol Pablo escribió a los Corintios:

- "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; sí, y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así" (2ª Corintios 5:16).

Una de las características de la fe es que ve a Aquel Quien es invisible, y, por consiguiente, permanece (Hebr. 11). Tanto el gozo como la paz surgen de la creencia (Romanos 15:13), y esta fe se eleva más allá del medio del tiempo y de los sentidos, y abraza toda la plenitud del Señor resucitado y ascendido. La comprensión de todo lo que Él es para Su gente está más allá

de toda capacidad de expresión. A nuestro nivel, por así decirlo, también somos arrebatados, por la fe, al tercer cielo, y allí oímos palabras inexpresables, y recibimos un gozo que es inefable.

Hay una preciosa comunión de gracia, porque las bendiciones compartidas son bendiciones multiplicadas. Hay un sagrado "tener en común" entre los santos. Pero cada corazón alberga además algunos recuerdos y pensamientos que no se convierten en propiedad común, alguna tristeza o regocijo que solo compartimos con Aquel a Quien pertenecemos y es más Santo que todos:

- "El corazón conoce la amargura de su propia alma; y extraño no se entremeterá en su alegría" (Proverbio 14:10).

El sumo gozo de 1ª Pedro 1 se encuentra en un contexto de prueba ardiente; de padecimiento en vista de la gloria que se aproxima. Los que son enemigos de la verdad y perseguidores de los santos pueden maravillarse de su resistencia, o maldecirlos por su terquedad, pero nunca pueden entrometerse en el indescriptible gozo de dichos santos. Así como un día la fe será mudada por la vista, así el gozo inefable se convertirá en un regocijo arrebatador cuando por fin veamos a Aquel que nos amó y se entregó a Sí Mismo por nosotros.
